

# PÍO BAROJA EL ESCRITOR MÉDICO

BEATRIZ MONREAL\*

*En memoria del Dr. José Ramón Galparsoro*

## 1. LAS ENFERMEDADES EN LA OBRA BAROJIANA

En un libro editado en Barcelona el año 1.842, titulado “La Medicina de las Pasiones o las Pasiones consideradas con respecto a las enfermedades, las leyes y la religión”, su autor J-B. F. Descuret, un médico francés que ejercía en la junta de beneficencia del cuartel XII de aquella capital, decía a propósito de la influencia de las novelas:

*“La lectura de las novelas ejerce una influencia no menos triste (que la de los espectáculos) en el desarrollo de las pasiones, sobre todo de la pereza, del miedo, del amor, de la lujuria y del suicidio, ya que por imitación, ya de resultados del tedio que inspira la vida real. Por un centenar de novelas verdaderamente morales que á duras penas se encontrarían en toda nuestra literatura, las hay á millares buenas tan solo para falsear el entendimiento y pervertir de todo punto el corazón”.*

Treinta años después de que el Dr. Descuret escribiera estas palabras, en 1.872, nacía en San Sebastián Pío Baroja. Este año se cumplen, pues, 130 años de su nacimiento. Y aun a riesgo de haber sido pervertida por la lectura de sus

---

\* Texto de la conferencia pronunciada en el Club ERAGIN de San Sebastián en noviembre de 2001.

novelas, quiero ofrecerles un recorrido por la obra de este autor fijándome, sobre todo, en la incidencia que los estudios de medicina que cursó tuvieron en su producción literaria.

No constituye ninguna novedad el señalar que este escritor fue estudiante de medicina y médico antes de dedicarse a la literatura. Ni tampoco recordar que comenzó sus estudios de preparatorio de medicina que era el mismo de la carrera de farmacia en Madrid porque su padre, ingeniero de minas, tenía una idea muy optimista de las profesiones liberales y consideraba Madrid como el lugar más apropiado para que sus hijos estudiaran. Allí realizaría también su tesis sobre “El Dolor”, después de no pocos problemas con la asignatura de Patología.

La afición de Baroja por los estudios de medicina fue nula desde el comienzo. El mismo dice que se lanzó a ella “*como quien toma una pócima amarga*” y en “Juventud, egolatría” recuerda que tras unos malos resultados empezó a pensar en “*dejar la carrera*”.

A lo largo de sus obras, no solamente en “El árbol de la Ciencia”, donde narra, a través de Andrés Hurtado, su contrafigura, todas las vicisitudes y angustias que pasó esos años, aparecen menciones a esa falta de vocación, a ese desinterés por la medicina.

En “Aquí París”, que escribe tras su exilio en Francia a causa de la guerra civil, aclara: “*yo, la verdad, soy un hombre que no ha tenido afición a ninguna carrera. Esto no lo digo como una virtud, sino como un hecho*”.

Ya en “El árbol de la ciencia”, con su pluma afilada, Baroja hace una crítica despiadada de algunos profesores de la facultad, aunque también hay que decir que sus compañeros de estudios salen bastante mal parados por su desinterés, su falta de sensibilidad y su espíritu provinciano.

Sin embargo, cuando en uno de sus paseos parisinos encuentra en un tenderete a las orillas del Sena un libro de Claude Bernard titulado “La introducción al estudio de la medicina”, deja escapar este lamento: “*¡Qué libro, qué precisión, qué claridad!. Si hubiese tenido yo un profesor así cuando seguía la carrera de medicina hubiera intentado ser un médico investigador*”. Claro está que el profesor Bernard, junto con Pasteur y Maurice Berthelot fue uno de los hombres de ciencia que más influyeron en el pensamiento del siglo y que más hicieron para popularizar el prestigio científico. Pues bien, efectivamente Baroja no tuvo la suerte de asistir a las clases de este profesor Bernard, ni tampoco podemos hacer cábalas de lo que le hubiera sucedido en el caso de haber podido tener contactos con él. Lo cierto es que a partir de Bernard, la medicina pasaría del estado de ciencia de observación al de ciencia experimental.

Sin embargo, una vez finalizados los estudios, leyó en *La Voz de Guipúzcoa* que estaba vacante la plaza de médico en Cestona y, como fue el único que se presentó a solicitar la plaza, se la dieron. Más tarde se enteraría que había otro

médico allí que tenía más sueldo que el que le ofrecían a él, pero después de un viaje en diligencia desde San Sebastián, que tardó la friolera de 5 ó 6 horas, se presentó en Cestona y entre el médico y el cura le encaminaron a casa de la sacristana a la que alquiló una habitación. Allí se estrenó como médico el año 1894 y Baroja dice *“como médico de pueblo no hice ningún disparate: tenía mucha prudencia y cierto escepticismo para hacer disparates”* y quizás fueron esta prudencia y su comportamiento honrado lo que despertaron una cierta hostilidad en el compañero médico de Cestona. Fue con el médico viejo con quien tuvo una serie de enfrentamientos que en *“El árbol de la ciencia”*, están reflejados entre Andrés Hurtado y el médico de Alcolea. Sintió entonces la llamada de la literatura y se orientó en aquella dirección, quizás porque el mundo de la Medicina no le resultaba atractivo. Pero, todavía en Cestona, donde ejerció entre 1.894/95, comenzó a escribir una serie de cuentos y de impresiones que publicó en distintos periódicos y según el propio D. Pío nos cuenta en su volumen de Memorias titulado *“Final del siglo XIX y principios del XX”*, algunos de esos cuentos y artículos *“los había comenzado en el libro de las iguales, cuando era médico de pueblo en Cestona”*. El libro aparecería, posteriormente, con el título de *“Vidas sombrías”* que llamó la atención de Azorín con el que Baroja mantendría una fortísima amistad hasta la vejez. De ese libro es de destacar el relato *“Noche de médico”*.

En realidad, como señala Julio Caro Baroja en el prólogo a *“Juventud, Egoatría”*, escrita en 1.917, cuando Baroja cumplía ya los 45 años en un momento en el que *“el mundo se encontraba conmovido por la guerra más grande de los siglos”* –más tarde nos damos cuenta de que, desgraciadamente, el mundo se sigue sintiendo conmovido cada poco tiempo por las mismas razones -, *“la vida de escritor puro, tras ocho años de estudiante, dos de médico y seis de panadero, comienza relativamente tarde: al filo de los 30 años. Baroja escribía ya en Cestona. También lo hacía en los papeles de cuentas de la panadería heredada”*.

A Baroja la decisión de hacerse escritor le pareció una buena idea, acaso porque su vocación de médico no era nada clara y porque el ejercicio de la medicina había sido una experiencia amarga. Él dice: *“Era lo mejor que podía haber hecho; cualquiera otra cosa me hubiera dado más molestias y menos alegrías. Yo me he entretenido mucho escribiendo y he ganado algún dinero, poco, era lo suficiente para hacer algunos viajes, que de otra manera no los hubiese hecho nunca”*. A este respecto me parecen muy interesantes las apreciaciones que hizo el Dr. Zumel en un artículo en el que cuenta por qué fue médico Baroja y por qué dejó de serlo.

Pero, aún cuando Baroja renunció al ejercicio de la Medicina, en sus escritos aparecerán con muchísima frecuencia huellas de sus conocimientos médicos. Algunos de sus personajes, bien sean principales o secundarios reflejan algunas enfermedades que él conoce o que, incluso, padece. Y ello no puede sorprender-

nos demasiado, porque este escritor tan interesado siempre por la salud física y espiritual de la sociedad habla mucho de enfermedades. Incluso, utiliza algunas veces un registro idiomático propio de la medicina para tratar de algunos aspectos de la sociedad, como ocurre en “El mundo es así” cuando refiriéndose a la época de la revolución rusa dice “...en los sitios antes más tranquilos, se comían horribles crímenes; el pueblo, desconcertado, se lanzaba en plena inmoralidad a todo. Parecía que una epidemia espiritual iba contaminando las conciencias”.

O, quién sabe si sus conocimientos médicos podían constituir un filón que interesaba explotar. Acaso la huella más patente sea la que se refleja en la novela que he mencionado antes, “El árbol de la ciencia” que apareció en 1.911 y que está dotada de un fuerte carácter autobiográfico. En ella, la crítica hacia el sistema es muy acerada: el desastre de la universidad, la incompetencia de los profesores, la falta de sensibilidad hacia el dolor de sus compañeros y su desinterés por los estudios, la falta de ideales y de expectativas, el desastre de los políticos y su venalidad, etc. Todo ello hará que el protagonista, Andrés Hurtado, *alter ego* de Baroja, acabe quitándose la vida. Hay en esta novela otro personaje importantísimo que es el Dr. Iturrioz, el tío Iturrioz que dialoga permanentemente con Andrés Hurtado y que representa un poco un personaje de una generación anterior. En realidad, se trata de la contrafigura de Justo Goñi, tío del escritor.

Baroja no escatima detalles sobre las descripciones de las enfermedades en sus escritos. Sin ánimo de ser exhaustiva, señalaré algunos ejemplos.

La tisis, sin ir más lejos, es una enfermedad que abunda mucho. En “El árbol...” habla del hermano del protagonista, Luisito, que morirá sin remedio víctima de una meningitis tuberculosa. En realidad, se trataría de reproducir la muerte del hermano mayor de Baroja, Darío, que se transforma aquí en Luisito. La muerte de Darío que se produjo cuando éste contaba con 23 años le afectó terriblemente a D. Pío, de modo que hay varias novelas que la reproducen, por ejemplo, la muerte de Juan, el hermano del protagonista de “Aurora Roja” y la de Jaime Thierry en “Las noches del Buen Retiro”. Todos ellos, morirán tuberculosos, al, igual que la Petra, madre de Manuel, protagonista de “La Busca”, la cual “hacía tiempo que echaba sangre por la boca” aunque su hijo no le concedía demasiada importancia. Pero anteriormente Baroja ya nos habla de que este mismo niño, Luisito, había contraído unas fiebres tifoideas. También padece esta enfermedad el bohemio Pérez del Corral en “Silvestre Paradox” a quien una vez ingresado en el Hospital General, el médico le diagnostica “*tuberculosis aguda con sínfisis cardíaca*” de la que moriría.

A decir verdad, hay más condes y marquesas en la obra barojiana que niños. Los niños escasean en los escritos de este autor y, más todavía, las niñas. Sin embargo, sí hay una niña enferma en “El laberinto de las sirenas”, una novela un tanto agotadora por sus excesivas aventuras. Se trata de Roberta, una niña que padece de mal de ojo, “jettatura”, como lo llama D. Pío, que una medio bruja lo

había provocado. Para evitar una repetición de la enfermedad, la madre recurrió a la tradición y colocó en la puerta de la casa un cuerno y unas ramas de coral.

Paulita es otra de las niñas que está enferma de sarampión. Es sobrina de María Aracil, protagonista de “La dama errante”, publicada en Madrid en 1.908. Cuando María abandona la casa de la niña enferma, es informada del atentado del anarquista catalán, Mateo Morral, que es lo que subyace en la novela.

Hay otro niño enfermo que morirá en “La leyenda de Jaun de Alzate”, novela ambientada en la Edad Media, época de la cristianización del País Vasco. Esta novela la escribió Baroja en un momento decisivo, al borde de los cincuenta años, tras una enfermedad muy grave y tras haber visto morir de cerca a un sobrino, niño de muy poca edad. En la novela, el niño toma el nombre de Bihotz. Yo tengo que decir que es una de mis favoritas, y no únicamente por la historia que narra y en la que encontraremos a Baroja encarnando el papel de Jaun de Alzate y no de Juan como se empeñan en llamarlo no pocos editores, sino por las descripciones que añade, como, por ejemplo, la famosísima del río Bidasoa, o las hojas secas que incluye en la tercera parte, dedicada a los moradores del Bidasoa. Hay que recordar que D. Pío compró la casa de Itzea justamente en el barrio de Alzate, de Bera de Bidasoa.

Pero volvamos a Bihotz, el niño enfermo, hijo de Jaun y de la Pamposha al que Jaun intentará curar, después de estudiar la enfermedad en los libros de Hipócrates, Galeno y Avicena. A pesar de ello, y de que consultan con una hechicera todos los remedios de la magia y la medicina, como por ejemplo, hacer pasar al niño por el hueco agujereado de un roble, Jaun decide ir a buscar un médico a Francia. El médico no logra curar al niño quien muere como un pajarito. También morirá Jaun, hombre rebelde, alejado de las nuevas creencias que el “Pater Prudentius” se encarga de introducir.

Pío Caro Baroja, sobrino del escritor, sostiene que Baroja en sus novelas concede la muerte a sus personajes más queridos, muriendo un poco con ellos, el propio Baroja. Así ocurre con Jaun, Zalacaín, Hurtado, Roberto O’Neil de “El laberinto de las sirenas” o un rebelde como Ollarra que morirá fusilado en “La nave de los locos” (1.925).

En una de sus novelas no demasiado conocida, “Los visionarios”, que acabó de escribirla en su casa de Itzea en Bera de Bidasoa en agosto de 1.932 y que trata del advenimiento de la República, describe, nada más comenzar la serie de afecciones que le llevaron a la tumba a la Condesa de Zorita, pero es hablando de la hemofilia, naturalmente refiriéndose a la monarquía española, donde se explaya con mayor energía y precisión.

En “Las inquietudes de Shanti Andia”, por ejemplo, que Baroja acabará de escribir en Bidart en otoño de 1.910 y que es la primera novela de su trilogía “El Mar”, una epidemia de peste afecta a los tripulantes de “El Dragón”, una urca

holandesa, mientras navegaba hacia el estrecho de Magallanes. Baroja habla del “vómito negro” y de sus trágicas repercusiones en la marinería, excepción hecha de los marineros vascos que no sólo evitaron esta enfermedad sino que también pudieron escapar del escorbuto.

Hay casos de cólera en la Rusia de “El mundo es así”. Un pueblo embrutecido maltrató e hirió de muerte al médico cuando “*quiso poner en práctica medidas sanitarias, desinfectar las casas y las ropas de los muertos..*”.

Diversas enfermedades de tipo psíquico están muy presentes. Por ejemplo, en la novela que acabo de citar, aparece la madre de Sacha, que “*era una mujer excesivamente impresionable, desequilibrada, neurasténica*”. Hay personajes delirantes y esquizofrénicos en “La familia de Errotacho” (1931) que es la primera de las novelas que constituyen la trilogía titulada “La selva oscura”. En ella, Enrique Gil Galar, un sindicalista, es visto como “*un hombre absurdo y medio loco*”; “*Gil Galar tiene ojos negros brillantes, algo bizcos; palidez de enfermo...*” y “*Gil Galar había obrado inconsciente, como un sonámbulo. Era un esquizofrénico*”.

Un personaje débil y neurasténico es el Dr. Aracil, protagonista de “La dama errante” y su hija María, al final de la novela y a consecuencia de la tensión de la fuga desde Madrid a la raya de Portugal para salvar a su padre, padece de fuertes calenturas que su padre achaca a algo de tipo palúdico.

En un artículo que sobre la neurastenia publicó en “Bagatelas de otoño”, Baroja pone en boca de Letamendi estas palabras: “*un poco de neurastenia o está mal. Le da a la vida un aire de folletín...*” y es esto precisamente lo que le ocurre al famoso Dr. Aracil.

En “El cabo de las Tormentas” incluye Baroja al general Arlegui, “*jefe de la Policía de Barcelona en tiempos de Anido*”, y habla de él en términos clínicos: “*Arlegui era un hombre sombrío, asustadizo, neurasténico, enfermo del estómago, del corazón y de los nervios*”. Otro de los personajes que pululan por esta novela es un policía llamado Henestrosa a quien, al parecer, los nervios le jugaban malas pasadas: “*Henestrosa era chiquito, vivo, neurasténico, siempre dispuesto a sacar la pistola*”. Pero incluso, realizando una descripción minuciosa del interior de una casa, Baroja ha diagnosticado a través de un cuadro colgado en una pared la enfermedad que aquejaba a la persona allí retratada.

Capítulo aparte merecen los problemas oftalmológicos. Baroja siente una inclinación por los ojos de los individuos a los que describe y ciertamente encontramos descripciones llenas de gracia: “*Aquella asimetría tan grande que llegaba a producir el desnivelamiento del ojo y del oído, que estaban los de un lado de la cara más altos que los del otro, hizo pensar al doctor que podía ser la causa, o, por lo menos, la manifestación de su desarmonía cerebral o de su esquizofrenia*”. O en el caso de uno de los personajes relacionados con el famoso crimen de Beizama que Baroja relata en “El cabo de las Tormentas”, “*con una*

*nube en un ojo*". Una de las "vestales del arroyo" que aparecen en "La Busca", la Rabanitos, que junto con la Mellá, la Goya y la Engracia, hacían la calle, tenía "un cuerpecillo raquíptico y delgaducho; labios finos y ojos grandes de esclerótica azul", además "echaba sangre de la boca con frecuencia". También en esa misma novela, y compartiendo profesión, hay chiquillas con "los ojos legañosos". En "Silvestre Paradox", encontramos otro ejemplo de "ojo siniestro". Se trata de una tía de Silvestre, la tía Pepa, una de las tres momias con las que van a convivir Silvestre y su madre: "Padecía una úlcera crónica en el ojo izquierdo, y sobre él llevaba una cortina verde; pero la fuerza del ojo derecho parecía haberse reconcentrado en el izquierdo: tanto brillaba este de inteligencia y de malicia en la hundida órbita". Otro personaje muy gracioso que tiene un defecto en la vista será la Silvestra, más conocida por "la Ojos" y también por "Ojo plato", que al tiempo que desviaba un ojo, hacía un guiño malicioso, por el que según ella, había cobrado buenas palizas de su madre. En casa de esta mujer y de su marido Beltrán, el farolero, se hospedarán Thierry, el protagonista de "Las noches del Buen retiro", del que he hablado antes. Hay en esta novela, una galería de tipos del submundo madrileño, como los que ya aparecían en la trilogía de "La lucha por la vida". Entre ellos, abundan los lisiados, jorobados, paralíticos, como el mendigo apodado El Clérigo, etc.

Un extraño personaje, que se hace pasar por San José y que era, en realidad un aldeano de Durango, a quien le llamaban "el divino o el profeta" y que predicaba la proximidad del Juicio Final, también cayó enfermo, con una enfermedad contagiosa de la que Baroja no nos cuenta los síntomas. Sólo nos dice que murió, después de haber sido consolado por un cura. Una mujer, Shele, que también formaba parte de la secta que dirigía este falso San José, "se marchó a un convento del mediodía de Francia; pero se cansó, enfermó del estómago y volvió a su pueblo". Todo esto nos lo cuenta D. Pío en un relato corto, más bien un ensayo en el que critica el espíritu supersticioso de algunas gentes. Fue publicado en 1.941 y en él mete en el mismo saco al misticismo, al erotismo, al comunismo y algunas extravagancias oscuras del Apocalipsis.

En "La Busca", novela que he mencionado más arriba, y que pertenece a la trilogía "La lucha por la vida", una de las más importantes obras de Baroja, hay numerosas referencias a las enfermedades. La casa de huéspedes es lo más parecido a un lazareto por no hablar de la Corrala. Entre los huéspedes, por ejemplo, estaba "el tenedor de libros, un hombre ictérico, de cara chupada ... se fue poniendo cada vez más amarillo de hipocondría", otro de ellos, un comisionista estaba "enfermo del estómago". En La Corrala, el desfile de personajes enfermos y esperpénticos es enorme. La descripción de una mujer a la que apodaban la Muerte es terrible, y Baroja se detiene a explicarnos sobre todo los estragos de la cara de esta mujer, muy especialmente, de la enfermedad que reflejaba en los párpados y en el ojo que no voy a reproducir aquí, y nos habla de "su cara erisipelatosa y llena de costras", cuando anda por la taberna de la Blasa. El Pastiri, por ejemplo, será otro personaje "de aire enfermizo". Pero hay otra descrip-

ción terrible de unas golfas viejas, una de las cuales *“tenía la nariz carcomida completamente, y en su lugar un agujero como una llaga”*. El mismo Manuel, del protagonista no sé si a causa de la gripe o de qué cayó enfermo y *“estuvo cerca de dos semanas con una calentura muy alta, delirando”*.

En la magnífica descripción que contiene una crítica feroz de los asistentes del teatro Real de Madrid, en *“Las noches del Buen Retiro”*, nos habla de una infanta, *“tía del rey niño, hermana de su padre, gorda, pesada, herpética, el pelo blanco, el aire borbónico y la expresión un tanto cínica de la familia”*, pero también aparece un cura *“gordo y apoplético”*, D. Mateo y el primo Senen *“de cara fosca y picada de viruela”* en *“Silvestre Paradox”*.

Ya pueden apreciar que los ejemplos y las referencias son numerosísimas, aun cuando dejemos de lado muchísimas novelas. Sin embargo, en otras ocasiones, es la sangre la que impregna la novela, como si de una tinta especial se tratase. Unas veces debido a simples accidentes caseros, como el que sufre Silvestre Paradox cuando se le cae un armario sobre la nariz y le hizo ir chorreando sangre a visitar a un homeópata y si bien el accidente no fue muy grave, lo cierto es que le afeó de por vida este accidente y las viruelas, que le dejaron como recuerdo unas úlceras en los ojos. Otras veces está producida por actos violentos, heridas de guerra, amputaciones como aparece en *“La familia de Errotacho”*, en la parte que trata de la triste entrada de los sindicalistas en Bera, en otoño de 1.924: *“Manzanedo tenía una pierna destrozada y sufría grandes dolores. Era Bonifacio, muchacho joven, rubio de buen aspecto, de cara larga y nariz afilada. Lloraba por los dolores, todo el vendaje lo tenía empapado en sangre. Daban horror sus lamentos. Pedía que le pusieran una inyección de morfina o que lo mataran”*.

También con una gran herida en el vientre que le producirá la muerte tenemos a un carlista, Rosario Goyeneche, que, en su lecho de muerte se reconciliará con su enemigo, el liberal José. Más tarde, José que era capitán del ejército de Espartero también morirá a consecuencia de una herida grave que recibió en el pecho cuando bajaban hacia el barrio de Alzate de Bera de Bidasoa. Su novia, Gabriela, *“presa de la mayor desesperación, entró de monja en el convento de Carmelitas de Lesaca”*. Esto ocurre en *“Las familias enemigas”*, una historieta verídica de la 1ª guerra carlista, publicada en 1.941. Baroja señala en el prólogo que oyó contar esta historia en el comedor de la Venta de Yanci, en la orilla del Bidasoa. Y en esta misma historia, el general Mina *“Tenía aire de enfermo grave”*, de tal manera que sus soldados le llamaban *“El Esqueleto”*.

La descripción que hace Baroja de la muerte de Durruti en *“Galerías de tipos de la época”* también presupone un conocimiento de la anatomía. *“La bala entró por la escápula izquierda y le cruzó el cuerpo y se le alojó en el hígado. Se le trasladó al hotel Ritz y allí terminó después de muchas horas de agonía”*. Ahora bien, Baroja es consciente de que la muerte de este legendario anarquista tuvo versiones muy diversas y no asegura que la que él cuenta fuese la única.

Precisamente en “El árbol de la ciencia” Baroja dedicará muchas líneas a los estudios de anatomía que realizaban los estudiantes. Sus detalles que nos hacen pensar en Zola, por su crudeza, sirven a Baroja para destacar la falta de piedad y de respeto de los estudiantes, siempre dispuestos a divertirse aún en las situaciones más dramáticas. En ese caso, se trata de una denuncia de la insensibilidad de las gentes.

Hay un personaje femenino, muy lateral, que también es víctima de muerte violenta. Se trata de una tal Lolita Bernabeu, prostituta de profesión y que muere a manos de un militar, según aseguró todo el mundo en Barcelona, en aquella Barcelona que sufre las agitaciones sindicalistas que Baroja refleja en “El cabo de las Tormentas”, escrita en febrero de 1.932. Pues bien, la pobre Lolita sirvió de diana a un militar que *“estaba ebrio, y jugando a la esgrima le dio a la muchacha con la punta de un paraguas de esos delgados y le atravesó la zona cardíaca, y la mató. Al verla muerta, las mujeres de la casa la cogieron y la tiraron a la calle. Por eso los médicos estaban extrañados de que la herida en el cuerpo de la Lolita, que suponían de bala, no tuviera orificio de salida”*. Aclaro que la tal casa era un prostíbulo próximo a la calle Escudillers de Barcelona. No hace falta decir que este tipo de agresión recuerda a la sufrida por Valle Inclán y que fue la que le hizo perder un brazo.

Andrés Hurtado, del que ya se ha hablado, es llamado como médico para asistir a un poeta bohemio, Villasús, que no es otro que Alejandro Sawa en la vida real. Hurtado discute con toda una cuadrilla de amigos de Villasús, todos ellos pertenecientes a la bohemia madrileña. Los amigos del personaje se negaban a reconocer la muerte de Villasús y decían que se trataba de un caso claro de catalepsia. El médico, tras auscultarlo con su estetoscopio dictaminó su muerte. Hay una escena en el esperpento valleinclanesco, “Luces de Bohemia”, donde esta situación está registrada con toda la carga de dramatismo del esperpento.

Pero no todo es tragedia, tristeza y brochazos negros en esta novela. También consigue hacernos sonreír, aunque poco, cuando Andrés Hurtado trata de explicar a una criada en qué consisten los microbios y los gérmenes.

En esta misma novela, Baroja habla del paso de los protagonistas por la sección de enfermedades venéreas de la clínica de San Juan de Dios.. Hay muchas referencias a mujeres enfermas a las que Baroja trata con enorme piedad.

De una manera mucho menos concreta y con una cierta ironía se referirá Baroja a un clérigo en “Crónicas escandalosas”, el clérigo Marcos Aniano (...) *“que estaba accidentalmente en Madrid, recién ordenado en misa y enfermo en cama en una casa de huéspedes de la calle de Hita, con una enfermedad no muy propia de cura”*. Y D. Pío no añade más. A buen entendedor, pocas palabras. La Condesa de Aracena, en cambio era considerada *“una mujer viciosa y de un erotismo mórbido”*. *“Tenía un erotismo de leona en celo, probablemente con un fondo patológico y perverso”*. Esta mujer que tuvo unos amores muy

poco románticos con Jaime Thierrí, en “Las noches del Buen Retiro”, fue tratada por este joven como “*una zorróna de sacristía*”, apelativo un tanto impropio para una dama de su alcurnia. Es ésta una novela donde creo que por vez primera hay más aristócratas que profesionales de la medicina.

Juanito Vélez, personaje vinculado con los complots y las agitaciones sindicalistas en Cataluña, de “El cabo de las Tormentas” que ya he mencionado, muere, lejos de Barcelona en Tuy: “*Allí cogió la gripe y al poco tiempo se le manifestó una tuberculosis con unas fiebres altísimas y vómitos de sangre y en poco tiempo murió*”.

Pasemos a otra novela. En “La ciudad de la Niebla”, El Dr. Aracil y su hija que ya aparecían en “La dama errante”, llegan a Londres como fugitivos. Allí, María, la hija, rompiendo todos los moldes se hizo amiga de la muchacha que arreglaba las habitaciones, Betsy. Y en un episodio del tipo “upstairs-downstairs”, la visita en el sótano cuando está aquejada de tos y fiebre alta. Todo muy democrático. El Dr. Aracil diagnosticará una bronquitis aguda.

Baroja, que ya había adelantado en la descripción de esta muchacha “*su aspecto ajado, como desteñido, y de poca salud*”, aprovecha la ocasión para arremeter contra las damas inglesas por su falta de compasión y dice: “*Las señoras del hotel, entre ellas madame Roche, encontraron de mal gusto mi conducta; a estas damas les parecía bien, hasta elegante, el visitar a los enfermos pobres siempre que se perteneciese a una Junta benéfica de señoras presidida por alguna duquesa, o por lo menos por una lady, y se realizaran las visitas con cierto aparato, entre mundano y de solemnidad religiosa*”.

El reuma es una dolencia que aqueja al famoso Eugenio de Aviraneta, protagonista de la serie “Memorias de un hombre de acción”. Así en la novela titulada “Crónica escandalosa”, cuya acción transcurre entre la Tolosa francesa y París y que Baroja escribió en 1.934, nos encontramos con el famoso Aviraneta aquejado de un serio ataque de reumatismo que le hacía renquear malamente. y que busca un médico con urgencia. ¿Coincidiría con algún ataque reumático del propio Baroja?

Porque, en realidad, Baroja, condicionado por su fisiología hace partícipes a sus criaturas de ficción de esas mismas limitaciones y en “La caverna del humorismo” estudia los síntomas de la artritis, tal y cómo él los padece e incluso insiste en la incidencia que tiene lo fisiológico sobre el espíritu.

Por ello, también tiene problemas de salud, Andrés Hurtado ya que era un “neuro-artrítico” y su artritis “*se había manifestado por jaquecas y por tendencia hipocondríaca (...) se iban acumulando en el organismo las sustancias de desecho y esto tenía que engendrar productos de oxidación incompleta, el ácido úrico sobre todo*”. Pero no es el único en la novela porque Fermín Ibarra, amigo del protagonista padece la misma enfermedad.

La lista de personajes retrasados, deficientes también es interminable. Por citar alguno relacionado con uno de los crímenes más famosos de nuestras tierras, el de Beizama, me referiré a un personaje, el Arancegui hijo, que reunía estas características.

Personajes destrozados, arruinados por el alcohol, también están muy presentes. Sin ir más lejos, la mujer del tío Garrota, en “El árbol de la ciencia”, padecía de *“alcoholismo inveterado”* lo que le lleva a una muerte violenta que servirá a Andrés Hurtado, contrafigura de D. Pío para darnos una lección extensísima de cómo se realiza una autopsia.. Pero hay muchísimos ejemplos de alcoholismo, por ejemplo La Chata, una prostituta que comparte novela con Jaime Thierry. Este protagonista de “Las noches del Buen Retiro”, *“bebía mucho”*, lo cual quizás influiría en su *“color pobre, subictérico”*. En esta misma novela, que se puede considerar como una obra otoñal, está fechada en Itzea en 1.933, tenemos otro personaje que es morfínmano. Se trata del marqués de Castelgirón, *“un morfínmano, envenenado, consumido por el alcaloide del opio”*, vicio que contrajo en París. y que debía de tener un aspecto terrible porque dice Baroja que *“la pobre momia del marqués morfínmano hablaba con una voz muy baja”* y que *“cuando el marqués llevaba algunos días sin su droga era como un cadáver putrefacto, amarillo, horroroso. Luego le daban una inyección y reaccionaba y parecía una persona”*. Pero no contento con esto, el bueno de Baroja también explica con todo lujo de detalles que no voy a reproducir, el problema que tenía esta ruina humana a causa de la falta de parte de la laringe.

En sus Memorias, cuando se refiere a personajes que conoció en la vida real, tampoco escatima Baroja las referencias a diversas enfermedades. Sabemos, porque él lo cuenta que Ramiro de Maeztu, tenía serios problemas intestinales. Que un amigo de Baroja, un francés desertor llamado Poitevin, de Quarantan, mientras estaba realizando las gestiones para traducir “La Busca” *“cogió una bronquitis que se le complicó con una afección cardíaca, y murió”* y Baroja vuelve a repetir esta historia que debió de acontecer hacia 1.904 y añade que él mismo estaba con fiebre durante el entierro. Y nos habla de las aprensiones del pintor Regoyos y de la pulmonía que pasó. O, en otro momento, del desmayo que sufrió una corista que tenía algo que ver con Galdós y que justamente tuvo que ir a desmayarse delante de la casa de Baroja y que fue asistida por el portero de la finca. También en “Juventud, Egotría”, cuenta que para curarse de una enfermedad del pecho, el que fuera su gran amigo, el suizo de Basilea, Paul Schmitz, pasó tres años en Madrid. A veces Baroja se repite y cuenta una misma historia en dos libros distintos. Así en “Aquí París” y en “Bagatelas de Otoño” que escribió más o menos al comienzo de la última guerra mundial, nos contará un problema que tuvo en el pabellón de la oreja cuando se encontraba en París y que le produjo una actinomicosis. El Dr. Marañón le acompañó al Hospital de San Luis y Baroja quedó horrorizado del personal que acudía para recibir cuidados. Y de este modo podríamos seguir eternamente.

Y el mismo Baroja, habla de la enfermedad y fallecimiento de su hermana Carmen en carta que escribió a Eduardo Ranch Fuster el 7 de agosto de 1950. Baro-

ja contaba con 77 años. Porque en algunas de sus cartas que he espigado a título ilustrativo habla de sus propias enfermedades y de las de miembros de su familia. Por ejemplo, en la que escribe a Paul Schmitz desde Vera un 8 de octubre de 1.921, donde le cuenta una operación de próstata que le tendría 37 días en una clínica de San Sebastián y más adelante, le escribe un 14 de noviembre del mismo año hablando de sus intenciones de ir a recuperarse al sur, a Alicante, porque por miedo al frío, como dice él, *“estoy como un pato viejo al lado del fogón”*. Ciertamente, el escritor tiene una gran fe en el Mediterráneo, como clima que ahuyenta los males, así que en varias novelas, les manda a sus personajes hacia aquellas latitudes, en épocas en las que no existía el actual Benidorm ni los viajes del Imsero. En épocas bastante posteriores, casi treinta años más tarde, en agosto de 1.948, escribe a Eduardo Ranch Fuster, antes mencionado hablando de sus fiebres, de sus dolores y de una depresión bastante grande, de su falta de sueño, de la ingesta de hipnóticos y, ahora, Baroja que está en Madrid, muerto de calor, desearía *“ir a un país frío – y añade – pero ahora esto es difícil”*. El 4 de mayo del año siguiente, en otra carta, le cuenta al mismo amigo sus problemas con el reuma,- él que en otros lugares se autodefinía como *“fauno reumático”* y como *“maníaco-depresivo”*- y la incidencia que el clima tiene en él, pero aquí ya no dice si quiere ir al norte o al sur. Estas indecisiones de Baroja sobre qué clima sería más conveniente para su salud nos recuerdan a aquel sombrío Dr. Mackra, personaje que aparece en *“La estrella del capitán Chimista”*, última obra de la serie *“El Mar”*, escrita en 1.930, aún cuando los años transcurridos son evidentes. Dice Baroja: *“...el doctor tenía gran miedo a la muerte, estaba pensando siempre en un elixir de larga vida, en si sería mejor para su salud, el calor, el frío, la sequedad o la humedad...”* aunque hay unas diferencias claras entre ellos, ya que a pesar de la mala fama que incluso últimamente han querido colgar a D. Pío algunos especialistas, no creo que él hubiera comenzado a beber sangre de niño para rejuvenecer, como lo hacía el citado Dr. Mackra personaje al que odiaba el Capitán Chimista, uno de los más fantásticos de D. Pío.

En *“La caverna del humorismo”*, por ejemplo estudia los síntomas de lo que se llama artritis, tal como él los padece, y no olvidemos que Andrés Hurtado, su *alter ego*, de *“El árbol de la ciencia”*, como lo he apuntado anteriormente, tiene también un temperamento neuroartrítico y una tendencia hipocondríaca, y estos individuos, como dice Carmen Iglesias, en los que el autor desdobra aspectos de su propia personalidad hipersensible tienen una tendencia a lo patológico. Lo que no está del todo claro es si determinados diagnósticos barojianos que aparecen en sus escritos coincidirían con los de la actualidad. Quizás los profesionales de la medicina amantes de Baroja, tengan una respuesta a esta cuestión.

Tampoco habría que olvidar que, en ocasiones, las críticas a la sociedad muy en la línea de la Generación del 98, que se reflejan en algunas novelas, como es el caso de *“La dama errante”*, donde dicho sea de paso aparecen tres o cuatro médicos a los que me referiré después, vienen adjetivadas con términos médicos. Veamos: María Aracil, la valerosa hija del Dr. Aracil *“en medio de aquel ambien-*

*te infeccioso, intentaba luchar con otras armas, vivir con otras ideas*” y el Dr. Iturrioz, contrafigura del Dr. Aracil, buen amigo, buen jinete repetirá prácticamente lo mismo: “Yo, en el caso particular de España, tengo alguna fe en el hombre; pero nuestro ambiente es infeccioso, es mefítico.” y continúa diciendo, “la Península está gangrenada”.

## 2. PROFESIONALES DE LA MEDICINA

Estrechamente relacionados con la aparición de las enfermedades, están los profesionales de la medicina: los médicos quienes, como todo en Baroja, y en la vida misma, reflejarán la diversidad.

El abanico es amplísimo. Algunos de ellos son bastante siniestros, como aquél médico que formaba parte de la tripulación de “El Dragón”, la urca holandesa que surcaba los mares. El médico, un tal Ewaldus Hollekind, al que llamaban Dr. Cornelius, era un tipo curioso que curaba por la homeopatía –hoy tan en boga– procedimiento que él llamaba el Sistema de L’Homme du Coq (el sistema del hombre del gallo), nombre que se le daba por haber sido inventado por un señor alemán de nombre Hahnemann, que en alemán quiere decir el Hombre del Gallo. Baroja lo describe utilizando una técnica muy degradante, animalizándolo de modo muy peyorativo: “Era como una de esas arañas panzudas que están en su agujero, pero que, cuando sienten la tela que se mueve, salen enseguida a devorar la presa”. Esto se cuenta en “Las Inquietudes de Shanti Andía”, novela que ya he citado.

Otro personaje de parecida catadura moral asoma en uno de los episodios más emotivos de “El árbol de la Ciencia” (1911), aunque en este caso la crueldad del médico es absolutamente gratuita. Se trata de un médico que ejercía en el Hospital de San Juan de Dios, hospital al que asistía el protagonista Andrés Hurtado a unos cursos de enfermedades venéreas. En el Hospital se encuentra Hurtado con un personaje repulsivo que describirá Baroja de modo implacable: “El médico de la sala, amigo de Julio, era un vejete ridículo, con unas largas patillas blancas. El hombre, aunque no sabía gran cosa, quería darse aire de catedrático, lo cual a nadie podía parecer un crimen; lo miserable, lo canallesco era que trataba con una crueldad inútil a aquellas desdichadas acogidas allí y las maltrataba de palabra y de obra...”. Se trata de uno de tantos ejemplos de falta de piedad que abunda en esta obra.

Otro de los galenos que con independencia de Andrés Hurtado tendrá cabida en “El árbol...” será el doctor que diagnostique la tuberculosis de Luisito, enfermo de hemoptisis. Este médico está tratado de una manera muy neutra y Baroja no nos proporciona datos que ofrezcan ningún interés.

En una de las novelas más conocidas, me refiero a “Las Inquietudes de Shanti Andía” aparece un médico comprensivo y un tanto paternalista. Se trata del

“medicu zarra”. Con este nombre en euskera se le conoce en la novela. Y a este respecto habría que recordar que Baroja emplea muchísimos términos y canciones en nuestra lengua simplemente para crear una ambientación que nos acerque más a la realidad vasca de la época en que acontece su narración, aunque ésta no tenga necesariamente que suceder en nuestro territorio. Pues bien, este “medicu-zarra” o médico viejo, supongo que por oposición a otro médico, más reciente y de menos edad, descubrirá el embarazo de una pobre chica de pueblo, la Shele, una chica de servir, “*muy bonita, muy modosita, muy fina*”. La Shele, entre suspiros y ¡ay enés! contó al médico, como si se tratara de una confesión, sus amores con el señorito Juan, quien - muy caballero él- después de la aventura puso tierra por medio y no encontró, a lo que parece, sitio más cerca donde escapar que a Filipinas.

El “medicu-zarra” se compadeció de aquella muchacha abandonada que se encontraba en una situación un tanto comprometida: “*Se entregaba a su suerte adversa como un cordero que llevan al sacrificio*”. A la pobre Shele, le apañaron una boda de aquellas que se llamaban en el campo “*la venta de la ternera*” porque únicamente estaba basada en el dinero y, poco tiempo después de dar a luz un hijo fuerte y robusto, murió. Y murió sin haber vuelto a ver a aquel señorito Juan que resulto ser, en verdad, un buen punto filipino.

En “*Vidas sombrías*” publicada en 1.900 y que está compuesta de narraciones cortas, tampoco están ausentes los médicos. Unamuno opinaba que en ese libro había “*algo de doloroso, un cierto ensañamiento en la observación menuda*” y encontraba una cierta influencia de Dostoievsky. En “*Bondad oculta*”, primero de los relatos que es, a juicio de los críticos, el más importante y que transcurre en un pueblo minero con unas condiciones de vida muy miserables, la aparición de un médico cuya descripción física podría corresponderse con el Baroja que en aquella época tenía veintiocho años de edad, es determinante. La enfermedad que hizo venir al médico era la viruela que se cebaba en los niños, hijos de los mineros. El médico que veía que “*allá iban a morir los niños como chinches*”, denuncia la situación de abandono. En realidad, el relato que contiene una fuerte carga ideológica, sirve para redimir a un caballero, a un industrial deshumanizado y a su querida, una antigua prostituta, Julia, quien siente la acuciante llamada de la piedad. Baroja cuenta así el comienzo de esta conversión: “*En una casa, una chiquilla rubia, muy mona, con la cara llena de costras, tendió sus bracitos delgados al ver a Julia, ella la tomó en sus brazos, la meció en sus faldas y en la frente rojiza, llena de pústulas, depositó un beso sin miedo a contagiarse, beso místico que repercutió en su corazón, como aquellos que transformaban en santos a los pecadores*”. ¿Estamos ante una nueva Magdalena?.

Cómo no, también existen médicos a los que la medicina interesaba poco. Este sería el caso de aquel médico de Burgos al que sustituyó A. Hurtado en “*El árbol de la ciencia*”, el cual se sentía mucho más inclinado hacia la numismática: “*Sabía poco de medicina, y no tenía afición más que por la historia y las cuestiones*

de monedas”, escribe Baroja.

Hay incluso estudiantes de Medicina que vieron a tiempo, con una cierta lucidez que su camino no era el adecuado. Así Fernando Osorio, que por cierto padecía convulsiones propias de la epilepsia y que creía que los *“fenómenos que experimentaba eran única y exclusivamente síntomas de locura o de anemia cerebral”* y que sentía *“una gran opresión en la columna vertebral, y vértigos y zumbidos, y la tierra le parecía como si estuviera algodónada”*. Pues bien, Fernando Osorio, protagonista de *“Camino de perfección”*, aclara cuáles son los motivos por los que decide abandonar la profesión: *“Me repugna ese elemento de humanidad sucio con el que hay que luchar: la vieja que tiene la matriz podrida, el señor gordo que pesca indigestiones...eso es asqueroso”*. ¿Serían estas razones las mismas que empujarían a Baroja?. En esta misma novela hay otro médico, un tío de Osorio, el tío Vicente de Castellón, al que la espiritualidad y el romanticismo le venían anchos, al decir de su sobrino quien se refiere a él como a *“ese medicastro cerril”*. Y ello porque cometió el horrible crimen de, una vez enviudado, volverse a casar con una labradora.

Y, por supuesto, también hay algún médico que aún gustándole la profesión no tiene mucha suerte con su clientela y, al tener poco trabajo en su consulta, pasaba su tiempo leyendo novelas. Esto ocurre con el protagonista de *“Los espectros del castillo”* un relato de cierto corte stevensoniano que, junto con otros cuatro muy distintos entre sí, se publican en 1.941. El médico, narrador de la historia, que era un poco aventurero tuvo un día un golpe de suerte y atendió a una señora humilde que padecía un colapso cardíaco y que acabó muriendo. Como tenía una hija bordadora y, por el hilo se saca el ovillo, Baroja inventa una historia en torno al médico y a la hija de la difunta, Elena, que, por cierto, pertenecía a una familia ilustre y que se fue a vivir a Inglaterra y de algunos fantasmas que poblaban los castillos ingleses. En realidad, Baroja quiere hacer hincapié en la psicología inglesa contemporánea.

Los hay también anti-semitas, como el doctor Nicolás Lescof, de *“El mundo es así”*, aún cuando se trataba de un anti-semita *“con un punto de vista antropológico”*. Y este joven inteligente aunque *“de cara juanetuda”* tenía muy poca fe en la capacidad de las mujeres para la ciencia, y una opinión poco halagüeña acerca del sexo débil. Él decía: *“Es lógico y me parece bien, que haya mujeres médicas para las enfermedades de mujeres y de niños, pero es absurdo querer hacerlas sabias”*. ¿Hay aquí un reflejo de la ideología barojiana? Pero lo peor del caso es que Sacha, que *“en Rusia había considerado el estudio de la medicina como un medio, como algo casi religioso para llegar a un fin evangélico”*, al llegar a Ginebra se encuentra con que los profesores de medicina, *“la misma práctica de la medicina la miraban con desdén. Si había entre ellos algún misticismo, era el de la ciencia por la ciencia, lo demás no tenía importancia”* y, además, debía soportar que su amiga y compañera Vera afirmase: *“Creo, la verdad, que tengo más condiciones para cocinera que para médica”*.

En uno de los relatos que he citado antes, “Los herejes milenaristas”, es un médico el que advertirá la presencia de una extraña secta que predica el fin del mundo.

Pero Baroja también utiliza a la clase médica, como meros figurantes y personajes de relleno en sus novelas. Quizás el doctor Arizmendi que aparece en el primer relato de “El cabo de las Tormentas”(1932) y que gira en torno a la sublevación de Jaca y al famoso capitán Galán, pudiera ser su amigo el doctor Juaristi de Pamplona, ya que en esta relato describe con minuciosidad esta ciudad. Más tarde aparecerá otro “médico-viejo” en una tertulia del casino y posterior paseo donde enseña las cumbres de los montes a unos visitantes, Miguel, Fermín y Anita. Pero es que en el segundo relato de esta misma novela, titulado “El contagio” y que Baroja sitúa en una época algo anterior a la Dictadura de Primo de Rivera, tenemos de nuevo al doctor Arizmendi y a otro cirujano. Y es que ciertamente es muy rara la novela en la que no aparezca un médico. E incluso tres o cuatro, como en “La dama errante”, en la que coinciden el Dr. Aracil que luego reaparecerá en “La ciudad de la niebla”, que era un dandi, un anarquista retórico, especialista en tertulias en el café Suizo, formadas, naturalmente en su mayor parte por médicos, Aracil quien, a decir del Dr. Iturrioz, *“tiene el virus estético metido en las venas”*. Este Dr. Iturrioz, antiguo médico militar que *“tenía un entusiasmo ideal por la violencia”*, y que le gustaba contar las miserias de los hospitales. Hay en la misma novela una de esas descripciones típicas de Baroja referidas a un catedrático de Medicina, de San Carlos en Madrid, descripción que reproduzco: *“Un señor a quien los papanatas de la Facultad tenían por un genio, porque además de llevar melenas y de tocar el violín en el retrete, había tenido el desparpajo de construir, en pleno siglo XIX, un sistema médico sobre la sólida base de unas cuantas frases, de unos cuantos chistes, y de unas cuantas fórmulas matemáticas, aplicadas, sin ton ni son, a los fenómenos de la vida”* (pág. 37). Todavía aparecerá otro doctor, el Dr. Duarte, al final de la novela. Aprovecha Baroja estos distintos personajes para criticar la genialidad de algunos profesionales y crear personajes, como el Dr. Iturrioz, que tienen algunas de sus propias características.

Otro médico muy estudioso y concienzudo era el Dr. Montoya, que asistirá al protagonista de “Las noches del Buen Retiro”. Este médico tenía algunos de los rasgos de D. Pío, a saber: *“era poco social y amigo de aislarse”*, *“tenía, indudablemente, una ida interior muy activa; leía mucho..”*.

Pero, sin duda, va a ser en “Silvestre Paradox” donde encontremos al Dr. Labarta, médico-panadero, quien por algunos detalles, un hermano pintor y una descripción física bastante detallada, descubrimos al propio D. Pío. Se trata de un médico misántropo, muy amante de la soledad *“un tipo con una calva, que más parecía tonsura de fraile, de edad indefinible, huraño, sombrío y triste, vestido con un chaquetón raído y un pañuelo en el cuello”*. Este Labarta *“estaba escribiendo a la luz de un velón convertido en lámpara eléctrica”*.

En cambio, no parece que la presencia de la mujer relacionada con la medicina sea, ni mucho menos, tan evidente. Hay un personaje siniestrísimo en “El árbol de la Ciencia” llamado Doña Virginia, que alternaba su profesión de comadrona en la clínica de partos en San Carlos con una serie de actividades ilegales de “abortos y tercerías” y que según el director de El Masón Ilustrado “*era una mujer de cuidado; había echado al otro mundo dos maridos con dos jicarazos; no le asustaba nada. Hacía abortar, suprimía chicos, secuestraba muchachas y las vendía*”, persona a la que Baroja desprecia y la animaliza en esta descripción tremenda: “*Como esas moscas sarcófagas que van a los animales despedazados y a las carnes muertas, así aparecía doña Virginia con sus palabras amables, allí donde olfateaba la familia arruinada a quien arrastraban al spoliarium*”.

En el libro quinto de “El cabo de las Tormentas” nos encontramos con Margot. “*Trabajo mucho de practicante. Ayudo en las operaciones y asisto también a partos*”, dice Margot a Anita una mujer fascinada por el valor que esta actividad representaba. “*¿Pero tienes valor?. ¿Por qué no he de tener?*”, dice Margot. “*Pero chica, parece mentira*”. “*¿Qué le parece a usted mentira*”, insiste Margot. “*Que seas tú aquella pequeña que pasaba con una cesta por delante de casa*”. “*Pues ya ve usted. He crecido*”. Concluye esta “rara avis”.

Margot tiene “*un pretendiente formal, un estudiante de medicina*” que al parecer no valía gran cosa y, además, “*era pedante e incomprensivo*”. Pero no únicamente esto, sino que este “*mediquito*”, como lo llama Anita es, “*como todos los españoles celoso y dominante*” y para más inri, añade Margot, “*valenciano, maqueto*”. Margot “*se manifestó entusiasta de un cirujano joven, el doctor Hidalgo, operador de un hospital, a quien ella ayudaba. Le consideraba como a un verdadero superhombre*”. Lástima que el doctor Hidalgo estuviera casado con otra médica. Pero no hay nada perfecto. La esposa médica, “*desde que se instaló en el lecho conyugal, perdió en absoluto sus aficiones médicas; se reveló ama de casa, y empezó a preocuparse únicamente del encerado de los suelos*”. Y, para colmo, añade Baroja “*de cuando en cuando parece que tiene un arrebató histérico, que acaba con lágrimas y lamentos*”. Este cirujano tenía más fe en Margot a la que veía con facultades para hacerse médico que las dudas que planteaba Anita, antes. Y de nuevo aparece aquí otra mención al doctor Arizmendi. Margot es una joven que se expresa con términos médicos y habla de pantofobia cuando el marqués en cuya casa vivía expresa su miedo a cualquier cosa.

Hay un personaje un tanto enigmático en “El árbol de la Ciencia”. Es uno de los pocos que salva Baroja de entre las hermanas de la Caridad que atendían al Hospital General, porque se muestra muy crítico con ellas. La hermana, sor María de la Cruz, era una monja ingenua y sencilla que dejó antes de morir contagiada por unas fiebres tíficas un relato de aquel hospital. No sabría decir, si esta monja existió en realidad o si, por el contrario, solamente era fruto de la imaginación, pero lo cierto es que Hurtado quedó muy tocado por la personalidad de esta monjita.

Y otro personaje también bastante misterioso es el hermano Bartolomé, ermitaño, medio místico y soñador del que habla D. Pío en “El laberinto de las sirenas”. Era un hombre que ensayaba una serie de prácticas médicas con los campesinos y decían de él que *“daba muy buenos consejos para el cuerpo y para el alma, y hasta que curaba a los atacados de epilepsia y de hidrofobia”*. El hermano Bartolomé tenía unos remedios un tanto extraños, por ejemplo, recomendaba los piñones y las granadas para los dolores de muelas y *“el comer capullos de rosas en gran cantidad, a las muchachas anémicas y opiladas”*, lo cual, si no las curaba, por lo menos les conferiría de un buen aliento, digo yo. y, además, este ermitaño al aplicar sus remedios decía : *“Esto no puede hacer daño y con la fe puede curar”*. Una vez más están muy presentes algunas de las ideas de Baroja detrás de lo que venimos de reproducir, por un lado, su preocupación por el cuerpo y el espíritu de las personas, por otro, su extremada prudencia.

“El mundo es así” novela a la que ya nos hemos referido, Baroja inserta muchas referencias al mundo de la medicina. En ella, hay un médico joven, amigo de Sacha que vive como ella en Rusia que era *“un revolucionario, un místico”*. Dice Baroja: *“Dedicado a sus estudios, solo, sin necesidades, sin ambición personal, se había entregado a una obra evangélica: a predicar a los aldeanos la ciencia y la moral, a enseñarles a vivir y a comprender las cosas. Sacha habló con este místico muchas veces y se le comunicaron sus entusiasmos y su fe. Ella también decidió hacerse médica y comenzó los estudios enseguida”*.

Hay algo en estos tres personajes que acabo de citar que recuerda a otro ser extraño, el hermano Juan de “El árbol de la Ciencia”. Quizás les une a los tres un cierto misticismo.

Volviendo a “El cabo de las Tormentas” hay que decir que la familia del marqués de los Carvajales es una mina para Baroja. No solamente porque Margot cuidaba a la madre de este señor, *“la condesa de Zorita”* que *“era una vieja caprichosa”*, y porque Roberto, el hijo, *“era un pobre enfermo”*, *“delgado, con un aire un tanto sombrío, tenía, al parecer, urea en la sangre”*, sino porque el propio marqués, un tipo hipocondríaco también, como no, se siente enfermo: y, como, no, *“llamó al médico espantado”*. Y ya tenemos de nuevo a un médico en danza. El marqués *“tenía las manos hinchadas, y esto le parecía síntoma de estar enfermo del corazón. El médico le examinó y le convenció de que no tenía nada”*.

Otro aristócrata- ay qué ver lo que le gustaban a Baroja -, el marqués de Rocca-nera, es descrito en “El laberinto de las sirenas” como *“un viejo pálido, de aire enfermo y nervioso, que padecía de dolores en las articulaciones”*, como el mismo novelista. Pues bien, una hija de este marqués se casará con Roberto, hijo del Dr. O’Neil. Baroja describe a este médico como un personaje un tanto extravagante que tenía unas reacciones bastante peculiares con sus pacientes. Pero hay más enfermedades, enfermos y médicos en la novela: las tercianas, el paludismo serán tratadas con quinina y, tras no pocas aventuras, Roberto O’Neil, que

por cierto, también alivió dolores anteriores a base de opio, morirá después de estrechar las manos de quienes le rodeaban.

Alrededor de setenta y siete años tenía Baroja cuando escribió “El cantor vagabundo”, primera de las novelas de una nueva trilogía que el autor denomina “Saturnales”. En ella nos encontramos de nuevo con una sucesión de tipos netamente “barojianos”. Uno de ellos, El Lince tiene que acudir a un hospital para ser curado de una herida en un pie, y es atendido por un médico andaluz, don Rafael, a quien *“le gustaba estudiar psicológicamente a sus enfermos, sobre todo cuando eran personas ilustradas”*. El lince, o don Luis, coincide en el hospital con un viejo enfermero quien le explica sus primeras épocas en la profesión cuando el cólera hacía estragos en el pueblo. No entraré en detalles.

Todavía, casi al final de la novela, hay otras referencias a enfermedades y a médicos. En esas historias que tanto le gustan incluir a Baroja y que, a veces, son pequeños culebrones, asistimos a “La historia de una mujer desdichada”, como él titula el capítulo: una muchacha, Silvia, tiene un novio, formal, amable y simpático que enferma de tifoideas y muere. A Silvia que tiene diecinueve añitos la casan con un amigo de su hermano *“un chulo estúpido, tipejo que resultó un sinvergüenza”* que *“contagió a su mujer una enfermedad sexual”*. Pero ahí no acaba la historia, porque de nuevo tenemos un médico, un médico que tenía una clínica especializada en aquel tipo de enfermedades. Total que el médico que era un hombre fogoso, apasionado, caprichoso y además se encontraba en *“un momento crítico de su existencia”*, se enamoró de ella como un loco, y acabó haciendo lo que se hacía en aquella época y se llevó a Silvia a París, que entonces era mucho París y como los dos eran casados y no podían unir sus vidas, el doctor resolvió el asunto entregándole diez mil duros y diciéndola que cuando se le acabasen le daría más dinero. Y, en fin, como Silvia era una buena chica y le estaba muy agradecida al médico *“al que, únicamente le había entregado mi cuerpo insensible”*, aceptó el dinero sin mostrarse demasiado orgullosa y se fue a vivir con su tía Paula a quien ayudaría a mantener *“la casa limpia”*. Silvia, como se puede ver era una mujer virtuosa y así lo creía también D. Luis, el que había tenido los problemas en el pie.

Este recorrido por la obra barojiana, aunque no haya sido en su totalidad, nos ha permitido comprobar, una vez más, las grandes dotes narrativas de este escritor que algunos incluyen en la Generación del 98. También hemos observado que el Baroja utiliza prácticamente los mismos recursos literarios al final de su trayectoria novelesca, o, por lo menos, los que se refieren al uso y abuso de las enfermedades y los médicos, es decir el mundo vinculado con la medicina. Ya que en 1.949, pocos años antes de que él mismo muriera, fecha en que escribió esta última novela a la que me he referido, sigue utilizando los mismos ingredientes que en obras precedentes. Pero hay algo más, Baroja, que ha sido un maestro por sus magníficas dotes descriptivas, también ha utilizado el campo de la medicina para hacer una descripción del mar que él tanto amó y que ha sabido describir como nadie: *“El mar, como enfermo de ictericia, tenía tonos malsanos”*, así lo decía en “El laberinto de las Sirenas”.

